

social más posiblemente perfecto. Este evolucionamiento constituye, pues, *la ley natural del progreso*.

Como ley natural que es, ciertamente es incontrastable; ella llegará á la efectividad de las grandes concepciones, de los sublimes ideales que la envuelven como luminosa aureola, cuyos brillantes fulgores arroban los corazones que palpitan por la justicia, y son para los que sufren consoladora esperanza.

Pero las montañas que han fabricado la ignorancia y la arbitrariedad en toda la redondez de la tierra, proyectan sombras inmensísimas, que no puede iluminar el progreso. Es necesario el esfuerzo y la labor de todos los buenos para derrumbarla, á fin de que la hermosa luz penetre en todos los lugares.

Las fuerzas que se oponen al progreso, y por tanto al bienestar de los pueblos, son los intereses creados y la ignorancia; en otros términos: el espíritu de dominación en unos y la inconsciencia de las masas. Sin esto, hace tiempo que viviríamos en el mejor de los mundos. Büchner dice muy bien, afirmando que: «si las fuerzas enemigas del progreso no hallasen un apoyo tan importante y poderoso en la indolencia é inmovilidad de las grandes masas, sin duda que, desde hace mucho tiempo, otro estado de cosas hubiera substituido al actual». Esa inmovilidad no la produce más que la ignorancia. ¡Ved si saben las clases privilegiadas lo que hacen en mantener inexperta y preocupada á la multitud, cuando en su quietismo fundan su poder; y considerad cuán grande es la necesidad de popularizar la ciencia constantemente!

La historia demuestra que el descubrimiento de una verdad, que la corrección de un error, ha costado grandes esfuerzos, energías individuales de mucha potencia. Pero una vez enseñada esa verdad, para bien de todos, parece que lo lógico sería que la sociedad entera se apresurase á poseerla y admitirla, elevándose hasta aquel grado de progreso; y, sin embargo, sucede

lo contrario con la masa, que, ya por su falta de preparación, ó porque sus aptitudes y energías se hallan como aletargadas por la obra de la tiranía y de la explotación, se resiste á creer cuanto se sale del rutinarismo, trastornándole cualquier novedad, sobre todo—como buen ignorante—si ataca sus quimeras y preocupaciones, y acoge perfectamente la propaganda de sus explotadores, que no cesan de decir que toda reforma y todo reformador no pueden causar más que la ruina de sus dioses, de sus creencias y afecciones. Así logran los tiranos verse aplaudidos cuando hacen auto de fe del hereje, que es un sabio; cuando persiguen y descuartizan al valeroso campeón de la libertad; cuando excomulgan y encarcelan y sacrifican á todo el que se atreve á leer un solo escrito que contenga algún emancipador pensamiento. Y lo que en los tiempos del oscurantismo ha sucedido, acaece también hoy en la posible efectividad que es dable. Que cada uno haga memoria, y se le ofrecerán en todas partes leyes de excepción, procedimientos especiales, supresión de garantías, persecuciones, martirios, y aun muertes, aplicados contra los que se atreven á hablar alto contra toda injusticia; y además, el inmenso trabajo de propaganda que efectúan todos los órganos de las clases privilegiadas para desprestigiar y metamorfosear las doctrinas que no les convienen, contando con el asentimiento de esa masa, que tan ligero préstase para procesiones, paradas y mojigangas elegíacas para *sus señores*, y que tan pronto suele irritarse contra los abnegados que aspiran á su emancipación, cual si atacasen *sus intereses*, que no tiene.

De este rápido bosquejo histórico se deduce que el progreso no se efectúa sino por el poderoso esfuerzo individual, cuya voluntad y decisión son superiores á las crueldades de arriba y á las cobardías de abajo. Estudiando los movimientos políticos ó sociales de todos los pueblos, se llega al pleno convencimiento de que todas las grandes conquistas del progreso han sido